

# La virgen y el violín

Carmen Boullosa

*Sofonisba Anguissola es acaso la única pintora del Renacimiento reconocida en la historia del arte. En este adelanto de la novela La virgen y el violín, de próxima publicación, Carmen Boullosa se lanza a la tarea de recrear la vida heroica de una mujer que supo convertir su vida en arte.*

Mientras Renzo había jugado a conversar con Sofonisba, la única voz que se oía en la casa de los Anguissola era la de Amílcar el padre; discutía con Blanca sobre Renzo y Sofonisba. Amílcar siempre se dejaba influenciar por Blanca —tanto que su amigo Gerolamo Vida, el humanista, le había escrito en una carta: “Haces demasiado caso de lo que dice Blanca”—, pero ahora no iba a caer en eso. El motivo de la discusión es que Sofonisba ha entregado el dibujo *otra vez* a Renzo Klotz. Amílcar cree que es una estupidez. Blanca no tiene duda de que no lo es, pero lo que le disgusta es volver a recurrir al muchacho, no quiere deberle ningún favor. Amílcar cree que no le deben ningún favor:

—Favor nos debe él que le permitimos llevar el dibujo de la genial Sofonisba, y el favor de nuestro trato, que es una gracia que ese grandísimo baboso no merece.

Y Blanca insiste:

—Qué van a decir de nosotros, si es tan obvio que Renzo adora a Sofonisba, la gente va a murmurar.

—Y a nosotros qué nos importa —la ataja Amílcar.

—¿Cómo que qué nos importa? Es su honor lo que está en entredicho.

Amílcar rabia, a quién le iba a pasar por la cabeza el honor de Sofonisba, si ese muchacho es un “redomado baboso, el hijo de un carpintero que hace unos años era un bruto palafrenero”; no es bueno ni para limpiarle los zapatos. Las Anguissola alcanzaban a oír muy poco, apenas

los nombres de Renzo, Sofonisba, Miguel Ángel, y colegían que Blanca y Amílcar discutían, y cuando escucharon hablar de carpinteros y palafreneros y zapatos creyeron que era lo de siempre: ¡dinero! ¡Qué fastidio —pensaban las chicas Anguissola—, qué fastidio, todo el tiempo hablan de dinero! Asdrúbal ya dormía, era un dormilón. Se acostaba el primero y se despertaba el último de toda la familia —sólo Minerva sabe que a media noche Asdrúbal se levanta, llorando; tiene horribles pesadillas; su ama, la rubia y bella Francesca, no puede calmarlo; Blanca interviene, se desatan tormentas nocturnas, porque Amílcar discute entonces, Blanca alega, Francesca llora con el niño y esto sin excepción todas las noches.

Para entonces, gracias a Antonietta, las Anguissola están ya en ropas de dormir, el cabello bien cepillado. Tendida en la cama, Sofonisba piensa en Renzo, su viaje a Roma y su regreso; Minerva, a su lado, cree que conversa con Sofonisba, ésta ni la escucha, espeta un “hum” algo interrogativo cada vez que Minerva le avienta el dardo de alguna pregunta mientras le bebe con los ojos hasta el último gesto; Lucía borda, y Elena y Europa fingen leer, pero en realidad ellas también sueñan con Renzo. Por la cabeza de Europa pasan imágenes anodinas que no le aceleran el pulso. Elena es más osada, fantasea con que Renzo la ama a ella en lugar de amar a Sofonisba. Va muy lejos: oye que Renzo le declara su amor —se le sale el corazón por la boca—, y ella le dice que sí —la sangre

adentro de su cuerpo está completamente fuera de control— y que, para escapar a la vergüenza de haber traicionado a Sofonisba, se fugan, suben a un camello (¿de cuándo acá había camellos en Cremona? Cabe aclarar que el camello que imagina Elena no se parece en realidad a un camello sino más bien a una vaquilla gibada) y emprenden el camino a África. Bajan toda la península por tierra —es desértica, como un Sahara vertical—, y al llegar a la punta, a Otranto, subidos todavía en sus respectivos camellos, cruzan el Mediterráneo —tan ancho sólo como el vecino Po— a bordo de unas plataformas tiradas por nubios nadadores y, al llegar al negro continente, encuentran una ciudad donde todas las casas son de arena y cambian de forma cada día.

En la imaginación de Elena, la arena es blanca como una nube de verano y áspera como la nieve. Las casas no se parecen a las dunas sino a las rosas del desierto, tienen ángulos; las habitaciones son alargados pasillos, los techos bajos. Son casas imposibles de habitar. Por eso duermen al aire libre. Tienen varios hijos, todos traídos al mundo de forma natural (esto es, brotan del suelo arenoso, como plantas), y todos ríen como Sofonisba.

Pasan los días mondando nueces, contándose fábulas y oyendo la música de las estrellas, que ahí es muy audible y suena delicioso, les entra por la boca, sensual. Ya vimos que las familias Anguissola y Klotz son vecinas en el centro viejo de Cremona. Sus dos *palazzos* dan a la Via Gaetano Tibaldi.

Sería inexplicable que un artesano y recién llegado —Matías Klotz— viviera al lado de una de las familias más viejas —lo eran los Ponzino Ponzzone, un poco menos los Anguissola, en todo caso nada despreciables—, pero Matías, que en efecto no nació en Cremona y en realidad sí es artesano —de enorme éxito y suerte con el dinero, es un hombre rico—, casó con una aristócrata, más empobrecida aún que los Anguissola y de sangre más azul —muchísimo más azul— que Blanca.

Los envidiosos y los aristócratas duros decían que había llegado con los alemanes del ejército imperial y en carácter de palafrenero. Los que tenían mejor memoria o más buena voluntad recordaban bien que no era así, que su llegada había coincidido con la del ejército francés, pero que el motivo no había sido militar, que había venido a reparar clavicordios fabricados en el taller de su familia y que la invasión de Cremona lo había varado. Que viéndose sin manera de volver y amando su oficio, improvisó un taller de construcción de instrumentos musicales. Pronto se da cuenta de que por Cremona cruzan varias rutas europeas y descubre las conveniencias de ello. Hábil y dedicado, hace crecer su taller de manera asombrosa. Tiene buen oficio, espléndidas maneras, sabe incorporar hombres y sabidurías de otras tierras y cuenta con la magnífica mano de su mujer, Verónica, la última de la lista de la rama más lejana de la familia de los here-



Sofonisba Anguissola, *Autorretrato*, 1561

deros del marqués Cavalcabò Cavalcabò, una Cavalcabò al fin, quien contrariando la voluntad del tío con el que vivía (sus padres murieron cuando era muy pequeña) contrajo matrimonio con un plebeyo extranjero y artesano. Lo contrarió por amor a Matías y por muchos más motivos. Para entonces, el tío la había despojado ya de todas sus propiedades —y como ya oímos decir a la marquesa, y como repiten a los cuatro vientos los maledicentes y los murmuradores, también de su virginidad. Sólo así se explica que, cayendo tan bajo con ese matrimonio, la tía viuda, vieja y sin hijos, la marquesa, le diera en dote el *palazzo* donde ahora viven, en el centro de Cremona, cerca del campanario más alto de Lombardía y todos los reinos vecinos, el Torrone, tal vez más por compasión que por remordimientos.

Lo de que Matías fuera extranjero está por argumentarse, porque unas generaciones atrás la familia de Klotz (Amati entonces, hoy apellido materno) dejó Lombardía para probar suerte en el norte de Europa. Matías había regresado con lo heredado, lo aprendido, y dispuesto a cosechar las tradiciones que otros importaban de más al sur, del norte y el centro del África y del Asia, y modelaría las cajas de resonancia de diferentes maderas, cuidaría todos los detalles y la hechura perfecta de cuerdas. De ahí el

escudo de armas, el emblema que han adoptado para la familia, el que portan los instrumentos Klotz para identificar el taller donde han sido hechos y lleva Veillantif en la frente.

Cuando Matías lo hizo tallar en el pórtico de la entrada del palacio familiar, reemplazando al escudo de nobleza de su mujer, corrió la voz de que había enfadado sobremano a la marquesa, “pero qué estúpidos, podrían heredarla si la cultivaran, en lugar de eso la enfadan”. Que dijeran misa si les venía en gana, para ellos, los Klotz son su propia hechura, ellos su propia familia. La vieja tía había oído la



Autorretrato, 1550

descripción del escudo de los Klotz de boca del prior Giuso Faustini, del monasterio de San Segismundo, su confesor, “una negra con escudo de turco que más parece si rena de las de Homero, muy poco católica”, quien muy sin querer queriendo hacía lo que podía para que la herencia de la marquesa apuntara a la Iglesia. Le chismeaba de los huéspedes “de pieles muy oscuras, adoradores del demonio, seguidores de Mahoma”, de Verónica metida al horno del trabajo “como si fuera un varón”, pero el prior Giuso no es muy bueno mintiendo y también le da cuenta del talento de Matías —por el que siente un respeto irrefrenable, como buen conocedor de la música—, de la eficacia que casi linda en la magia de Verónica y de la belleza, gracia y elegancia de su hijo Renzo.

Los lutieres venidos de África eran tenidos en gran estima. Del único que sabemos de cierto el nombre es Mahoma Moferriz, el moro de Zaragoza, famoso por sus claviórganos. Y bien: él trabajó también, antes de independizarse, con Matías Klotz; ya se ha mudado de Cremona al comenzar esta historia. Matías Klotz sabía hacer crecer su propio taller y también el prestigio de todos aquéllos que trabajan o habían trabajado con él.

Verónica, tataranieta del marqués Cavalcabò Cavalcabò, apenas casarse y ocupar el antiguo palacete familiar, optó por el estilo de vida de su marido. Se unió con entusiasmo inesperado a su taller. En sus manos quedaron las ventas y las compras, el manejo del dinero, la utilidad, el ahorro, la inversión y el fasto. Pronto probó ser en extremo hábil. Ella ponía su granito de arena irremplazable para que el genio de Matías cobrara color, y por la combinación de sus talentos se habían convertido en una de las familias más ricas de Cremona, lo que sólo aumentaba la irritación de los nobles contra ella.

Matías tenía manos de ángel, conocía la tradición y se atrevía a cambios e innovaciones sin tentarse el corazón,

no le importaban gastos o riesgos con tal de conseguir el mejor sonido, la mejor apariencia, el más perfecto de los instrumentos musicales. Nunca daba gato por liebre. Verónica sacaba de todas sus onerosas exigencias ventajas que nadie sino ella podía imaginar. Por ejemplo, tres de los talladores africanos que Matías había hecho traer para lidiar con las duras maderas preciosas quedaron en un anexo del taller fabricando objetos diversos de fácil mercadeo que Verónica sabía pedirles. Como los había visto tocando el tambor mientras rasgaban el molo (un instrumento de tres cuerdas que habían traído de

su tierra, una especie de laúd de la ciudad de Gao que Matías amaba y detestaba alternativamente), los puso a fabricar pequeños tamborcitos de juguete que luego pintaban de brillantes colores. Los mercaba como “para niños”, trayendo al taller considerables ganancias. No llevaban el emblema de los Klotz sino una simple “K” tallada como adorno. También les hacía fabricar cucharas, escudillas y otras cosas; como decía Verónica, “hacen dinero; en el Taller Klotz hacemos los mejores instrumentos musicales de toda Europa; en el pequeño taller K, hacemos dinero”. Verónica pensaba en el negocio, amaba la música y el arte, pero sobre todo a su marido. Matías anhelaba, soñaba, deseaba, trabajaba buscando el instrumento *perfecto* y en esa búsqueda brincaba de la tradición a la perfección de la tradición, o de la tradición a la infracción de ésta. Últimamente, después de probar con formas algo extravagantes que no vienen a cuento, había vuelto al violín. Como la mayor demanda era de clavicordios, el taller no dejaba de hacerlos. Matías es infatigable y sabe trabajar con otros. Los lutieres quieren pertenecer a su taller. Los artesanos quieren participar en sus instrumentos. Las cortes europeas y de las Indias quieren comprarlos. Los intérpretes los quieren tocar. Los burgueses quieren también llevarse uno a casa. El taller crece.

La casa de la familia Anguissola no es ni de lejos tan imponente como la de la familia Klotz. También está a unos pasos de la iglesia de San Giorgio, donde el cura Tonino suspira por Renzo y van a rezar a diario los maitines y las vísperas. La construcción, como las principales de la ciudad, está levantada alrededor de un jardín central. Ya sabemos que llegó a la familia con la magra dote de Blanca. Por dentro, la casa es como un barco arruinado, se diría que ha pasado por tormentas y embates del clima. Sólo el salón principal se salva. Si

alguien entra en él, creará que el resto del *palazzo* de los Anguissola no está por venirse abajo, pero basta entrar en cualquier otra estancia para ver la mala situación económica de la familia. Por fuera muestra toda la dignidad que enseñan en sus ropas y nombres los Anguissola, por dentro enseña el contenido de su bolsillo. Si Cremona hubiera estado viviendo un momento tan boyante veinticinco años atrás, cuando estas dos mujeres se casaron, sus familias no les habrían dado como dote sendos *palazzos*. Ahora Cremona pasa por un periodo de relativa holgura. Entonces, la peste, la guerra, la invasión habían dejado la ciudad hecha un guñapo, los segundones y las mujeres que no casaban bien quedaban confinados a las calles del centro, que estaban en absoluto deterioro.

Amílcar Anguissola nació bastardo de un noble y una plebeya de bajos recursos. En esa calidad, entró a servir al palacio de los Pallavicini en 1509, el año en que los franceses invadieron Cremona. Tenía un año de servir ahí, en 1510, cuando su papá lo legitimó. A partir de esa edad pasó a ser noble. No heredó del padre sino el apellido, pero esto más su buena disposición es suficiente para darle un lugar digno entre la aristocracia cremonense. Casó en primeras nupcias con una de las hijas de Pallavicini, el conde a quien servía. No tuvo hijos con ella. El matrimonio se disolvió cuando quedó claro que ella era estéril. Amílcar quería un hijo para darle su apellido. Así fue como casó con Blanca, una mujer mucho más joven que él, también de nobleza más antigua y superior.

Como corresponde a su rango, Amílcar forma parte de la junta de notables de la ciudad, es un patricio. Ayuda a la economía de la familia comerciando con hierbas aromáticas, sigue la tradición de los Anguissola, pero es completamente inepto para los negocios; cuando no pierde, también pierde, no tiene remedio. El negocio no lo ha llevado a ningún lado. No es el primero que intenta. Ni siquiera ahora que todo crece en Cremona consigue beneficiarse de él.

Para Matías Klotz la suerte mercantil de su vecino tiene algo de inverosímil: “No hay mujer noble en España o en Alemania que no cargue en la cintura un pomo con pomada de hierbas perfumadas”. Las damas nobles de la época son muy poco afectas al baño, en el norte se bañan cuando mucho dos veces al año. Esconden los malos olores con untos fabricados precisamente

con las hierbas con que mercaba Amílcar. “¿Y si ni con eso se hace rico...!”.

Antes había probado fortuna con otro de los negocios florecientes de la época, la impresión de libros. Entre éste y otro negocio que también emprendió, tuvo un par de momentos buenos, compró un terreno aquí, otra pequeña propiedad allá. Pero le duró poco la buena racha y hubo de vender lo que tenía, excepto los bienes raíces, éstos los conserva, son para Asdrúbal.

Es obvio que Amílcar no tiene mano para el dinero. No sabe soñar lo pertinente en lo que toca a cómo ganar monedas. Por ejemplo: cuando fue dueño de una prensa con otros dos socios, debió saber que el público estaba ávido de libros escritos por mujeres.

¿Quién no habría querido leer en italiano lo que escribía la poeta cordelera de Lyon, Louise Labbé, autora del delicioso *Debate entre la locura y el amor*, que provocativa anuncia el mismo talento en las mujeres que en los varones y las exhorta a “elevar sus mentes”? ¿Los cuentos muy pícaros de Margarita de Navarra? Isotta Nogarola exculpa a Eva del mal, alguna otra escribe “Sobre lo infinito del amor”, aquella sobre “Nobleza y excelencia de las mujeres y defectos y deficiencias de los hombres”. Y una llega tan lejos como para escribir que “la sangre menstrual no es impura, como tanto se ha afirmado”.

Giulia Bigolina termina su novela *Urania*—brillante heroína obstinada, determinada, valiente, apasionada, inteligente, prudente, arrojada cuando conviene y a veces cautelosa—, que trata del amor constante y obsesivo por Pánfilo, y se queda inédita porque no hay valiente que sepa verle el negocio. Otras muchas mujeres facturan impecables enigmas. Si Verónica Cavalcabò hubiera sido impresora, ¿se habría hecho tan rica!

Sí, los años son generosos en mujeres excepcionales. Las imprentas se afanan en publicar y poner a la venta volúmenes de poemas, cartas, ensayos escritos por mujeres, y los burgueses se afanan tras ellos, pues ya no es sólo labor de las nobles, como la Vittoria Colonna o la Navarra. La gente quiere leerlas.

Lo ignora la prensa de Amílcar. Y no porque los humanistas Leonardo Bruny y Francesco Barbaro declararan: “Ninguna mujer virtuosa debe procurar publicar su trabajo o hacer públicos sus puntos de vista”. De no haberle gustado las “imaginaciones” o los “inútiles” poemas, pudo haber impreso el tratado de medicina de Clara

Esa niña nos va a traer una fortuna. Blanca guardó silencio. Nunca había pensado en el talento de su hija mayor asociándolo con el dinero.



Autorretrato como una mujer vieja, 1610

Cistera o Chistera, de Vitiligo. Del tratado de medicina de la Chistera hubo tan pocas copias (todas manuscritas) que es imposible encontrar una hoy, se ha perdido. Si Amílcar lo hubiera impreso...

Pero Amílcar no sabe ganar dinero. No tiene ese olfato. Para lo que sí es muy ducho es para gastar. En esa casa todos visten muy bien. Aparentan, aparentan. Muy a la usanza de la época, Amílcar ha hecho educar a sus hijas con celo excesivo Música —son conocidas intérpretes de clavicordio—, latín —lo escriben mucho mejor que el padre—, lo usual para las hijas de un noble. En lo que ha ido un poco más lejos de lo permitido es en lo que respecta a la pintura. Las niñas estudiaron con Bernardino Campi y, cuando éste deja Cremona, con Gatti. Pintar es un oficio, tiene algo un poco sucio, bajo, asociado con labores manuales y con temas indiscretos, es un trabajo innoble, literalmente, no es para nobles —hay que recordar cómo el papá y los tíos de Miguel Ángel Buonarroti le pegaban de niño por desear aprender a pintar y a esculpir; eran conscientes del valor del arte, pero ser a rísta no era para los de su clase. En todo caso, el oficio de pintor era “para los varones”, aunque estaba permitido que las hijas heredaran el oficio del padre y hay ejemplos célebres de ello.

Pero Amílcar tenía ojos, y lo corroboraban sus amigos y toda la ciudad de Cremona: sus hijas tenían talento. En especial Sofonisba. Así que hizo la excepción: sus hijas eran nobles y pintaban lienzos geniales.

Habíamos dejado a Elena soñando con una ciudad de casas imposibles mientras Blanca y Amílcar discuten. La pareja hace a un lado el tema de Renzo porque ha caído en otro recurrente: Sofonisba. Con cinco hijas mujeres y un solo varón en la familia —y Blanca está de nuevo embarazada—, Amílcar quiere proteger el patrimonio de Asdrúbal. Hay que ir pensando en su futuro. Han conseguido que las monjas dominicas acepten a una de sus hijas sin dote, saben que las Anguissola saben pintar y cuentan con que su oficio será el patrimonio que aportará al convento. Blanca quiere que se enclaustre Sofonisba, la mayor.

Amílcar, no. Sofonisba tiene talento.

No la va a soltar así nada más. Pero Blanca quiere precisamente que el padre la suelte. No quiere para Sofonisba el triste destino de una solterona pegada toda la vida al padre y a la madre.

—¿Y de una monja sí? —le contesta Amílcar.

De una monja sí, con algo se reemplaza al matrimonio, en lugar de los hijos y el marido están la vida en comunidad y Dios. Adentro del convento podría seguir pintando, que es lo que más le gusta a esa niña, y ahí crecerá como pintora, se volverá una grande, como Caterina dei Vigri. Pero Amílcar se niega:

—Tiene talento. Es la única esperanza que tenemos para Asdrúbal.

—¿Asdrúbal! ¿Qué tiene que ver Asdrúbal, que tiene tres años, con Sofonisba, que está en edad de casarse? Basta con que guardes todo el patrimonio para él.

—Tiene talento. Esa niña nos va a traer una fortuna. Blanca guardó silencio. Nunca había pensado en el talento de su hija mayor asociándolo con el dinero.

—¿Estás diciendo que vas a vender sus pinturas?

—¡Por supuesto que no! ¡De ninguna manera! ¡Tiene un padre noble, una madre de la familia Ponzoni! Pero podrá entrar al servicio de un palacio.

Blanca rabia y no dice más. Amílcar sigue perorando. Asdrúbal, como hemos dicho, duerme. Antonietta —la sombra de Sofonisba— duerme también. Lucía borda hermosamente, es labor que saben hacer hasta las reinas. Minerva le habla a Sofonisba, y cree que con esos monosílabos su hermana mayor le responde. Sofonisba sueña con Renzo. Elena y Europa siguen soñando también con él. Hasta que van cayendo dormidos, primero Blanca —el embarazo le da sueño, aunque siga enfadada se le cierran los ojos—, tras ella Amílcar, los siguen las fantasiosas Elena y Europa. Luego Sofonisba. Y por último Minerva, que ha seguido hablando de cosas muy importantes con su Sofonisba. [U]